María de Villarino

Nací con el otoño

Nací con el otoño. En su abandono
llegaba marzo herido de colores
guiándome a un sigilo de dolores
no al odio, ni al recelo, ni al encono.

Hallé en la soledad el suave tono
que del vivir no exalta sus rumores
y un ámbito feliz de ruiseñores
para el sentir y el ser con que razono.

El amor, la hermosura y lo sensible,
me dio el nacer. Y la ilusión no breve
que fuera en la verdad también posible.

Y recibí, espigado en profecía
de lágrimas y luz, un nombre leve:
me llamaron María.
PRESENTE DE AGONIAS

Reclusos del tiempo que vivimos,
Con la mirada tendida
Hacia las parameras de la nada,
Henos aquí, enajenados de nosotros mismos.

Desgastamos la salud de los días,
Convertimos la luz de sus praderas
En fantasmas de ciénagas.
Y presos de la angustia,
Deambulamos por selvas de agonías
Quebrando el brote joven,
Acibarando el jugo de la vida
Por símbolos creados
A fuerza de negaciones y perplejidades,
De razonar más que sentir,
De un no-ser, más que ser,
De un no-vivir, en morir.
Decimos sangre, no manantial,

Vencimiento, no lucha,
Desesperanza, no fe,
Tinieblas, no claridad.

¿Qué nocturno,
Qué oscuro devorador de la inocencia
Nos roba su realidad?
¿Qué afán de acabamiento
Nos atrae y desciende
A la desobediencia de los sueños?

Cierto que en la vigencia de lo establecido
Prima la desmesura:
El cosmos invadido y alcanzable
En otra dimensión del infinito
Y en orfandad terrestre, nosotros,
Náufragos de un mundo
Que cambia y se transforma,
Y nos ata a sus contingencias
Más que al yo profundo que nos hace,
Nos muere, nos renace,
Ya no nos atrevemos
A nombrar su nombre
Las osas simples y humildes.

Y sin embargo, sabemos que existen
Desde el primer día de la creación,
La alegría y lo sensible,
Las vísperas de los sueños,
La gracia del amor,
Como también existen
El ardor de la carne,
La violencia y el crimen,
La abyección , el pecado.

Y mientras hacia adentro
La tuerca de la nada,
Más grande que la medida de su círculo,
Ahonda hasta desgarrar las raíces del alma,
He ahí al ángel de las primeras inocencias
En su encantamiento antiguo y nuevo.
He allí los caminos de ascensión y de esperanza,
Que rechazamos, que desconocemos.

¿Y Dios?
Dios eterno, Eternidad,
Mirándonos, mirándonos…